

Formas de resistencia cultural en la Agrupación de Familiares de Detenidos-desaparecidos*

Victoria Díaz Caro

Es extraño para mí hablar aquí a título personal cuando han transcurrido 42 años desde la detención y posterior desaparición de mi padre Víctor Díaz López, acaecida el 12 de mayo de 1976. Y digo que es extraño porque al integrarme a la Agrupación de Familiares de Detenidos-desaparecidos ya de modo permanente, pasé a estar inmersa en un quehacer incesante y cotidiano en donde los nombres de quienes participábamos en ella aportando de diferentes maneras pasaban a un segundo o tercer plano, pues la causa por la que luchábamos era y continúa siendo lo más importante: nuestros familiares detenidos-desaparecidos.

¡Cómo quisiera que hubiésemos podido rescatarlos de las cárceles secretas, de esos centros clandestinos como José Domingo Cañas, Londres 38, Venda Sexy, Villa Grimaldi, por citar algunos!

La esperanza nos acompañó por tantos años, pero no pudimos volver a abrazarlos y regresar con ellos a nuestros respectivos hogares. No pudieron volver a retomar la lucha, su compromiso militante. Ni regresaron a sus actividades como profesionales, como estudiantes, como dirigentes obreros o campesinos, como esposos, como padres. Tampoco volvieron esas madres que esperaban su primer hijo. En cada hogar hay un vacío, una ausencia.

Nosotras sus familiares tampoco pudimos continuar con lo que hasta antes del golpe militar cada una realizaba –la mayoría dueñas de casa preocupadas de sus hijos e hijas que estaban estudiando y otros y otras, como en mi caso, ya recibidas como profesionales viendo truncadas nuestras carreras o quedando cesantes–.

En esa época de dictadura imperaba el miedo, el terror, el toque de queda. Las ejecuciones extrajudiciales, los allanamientos en las poblaciones, la tortura. Había mucha cesantía, miseria.

Nuestra casa fue allanada en cinco oportunidades. A mi padre lo buscaron incesantemente durante los tres años que estuvo en la clandestinidad. Al momento del golpe era el subsecretario general del Partido Comunista de Chile y desde el 11 de septiembre de 1973 salió de la casa para nunca más

* Texto leído durante la segunda sesión de los Debates Públicos por La Memoria y los Derechos Humanos, realizado el 11 de julio de 2018 en el Museo de la Solidaridad Salvador Allende y organizado por la Dirección de Investigación y Postgrado UC, la Dirección de Extensión y Letras UC, el Centro de Estudiantes de Letras UC y el Consejo Académico de Estudiantes de Postgrado UC.

volver. Mi hermano Víctor también empezó a ser buscado. Querían detenerlo como una forma de presionar a mi padre. Con solo 16 años debió salir con autorización de un Juez de menores en agosto de 1976.

La labor del Comité para la Paz desde 1973 y posteriormente –dado que Pinochet ordenara su cierre– surge la Vicaría de la Solidaridad creada a comienzos de 1976 por el cardenal Raúl Silva Henríquez. Ambos organismos fueron vitales en esos años, al acoger a las víctimas de la represión, salvando miles de vidas. La Vicaría abrió sus puertas a los que volvían de la relegación, a los que partían al exilio, los que venían saliendo de los campos de concentración, a los familiares de todos ellos. Posibilitó que la Agrupación de Familiares de Detenidos-desaparecidos pudiera funcionar allí. Proporcionó atención jurídica y asistencial, así como la ayuda de psicólogos y psiquiatras.

Cuando supimos la noticia de la detención de mi padre, nos dirigimos a la Vicaría de la Solidaridad mi madre Seleniza Caro, mi hermana Viviana, mi hermano Víctor y yo. Él alcanzó a ayudar mucho antes de verse forzado a partir al exilio, puesto que le correspondió ir a la morgue, al campo de concentración de Tres Alamos acompañado de un tío, en el intento de dar con el paradero de nuestro padre. Mi madre sufrió intensamente con la partida de nuestro hermano que solo tenía 16 años.

Después de permanecer varios meses en un grupo junto a los familiares de los llamados “no ubicados”, es decir, de aquellos detenidos que por meses no aparecían registrados en ningún recinto, nuestro padre pasó a engrosar las listas de los detenidos-desaparecidos. Ese fue un año demasiado doloroso. Yo no era capaz de mirar una fotografía de él y buscaba en los rostros de los transeúntes algún rasgo suyo. A veces creía reconocerlo en la calle o viajando en una micro. Eso duró mucho tiempo.

Hago un alto aquí para recordar a mi padre, un hombre que tuvo una infancia dura, que ingresó muy joven a trabajar a la Mina La Despreciada de Tocopilla. Que fue un autodidacta, gran lector, y amante de su familia, de sus compañeros, de sus vecinos. De profundas convicciones. Amó a su Partido, a su pueblo. Conoció la relegación estando recién casado con mi madre en 1947, durante el gobierno de Gabriel González Videla. Se habían conocido en Antofagasta, la tierra de ella. Desde Pisagua lo trasladan a Cosapilla para, luego de meses, poder volver a reunirse con mi madre acá en Santiago. Yo casi nací en Pisagua, pues ella durante muchos meses debió estar con él allá. Estando Ibáñez del Campo en el poder es nuevamente relegado, esta vez a Putre, en 1956. A mi padre lo recuerdo como un hombre íntegro. Con nosotros era alegre, preocupado de nuestros cumpleaños, de llevarnos al cine, a pasear a la Quinta Normal. Nos llevaba a los actos del Partido siendo muy niñas al Teatro Caupolicán. Jugábamos con él al chonchón. Nos inculcó el amor por los estudios. Siendo aún muy pequeña, él y mi madre se dieron cuenta que yo tenía aptitudes para el dibujo, así es como a los 9 años entré a estudiar a la Escuela Experimental de Educación Artística. En ese período, cuando ya tenía 14 años y corría 1964, con mis compañeros de la Experimental, pintamos algunos murales para la candidatura de Salvador Allende. En mi población también pinté con mi hermana y otra

compañera un mural. En 1965 terminé mis estudios secundarios e ingresé a la Universidad Técnica del Estado a la Carrera de Artes Plásticas y Diseño Industrial. Permanezco allí solo hasta mediados de 1967. Siendo militante de las Juventudes Comunistas participé ese mismo año en la Gran Marcha por Vietnam desde Valparaíso a Santiago, que duró cinco días. Luego, con una Beca, viajé a la Unión Soviética a estudiar Literatura y Lengua Rusa a la Universidad de Amistad de Los Pueblos Patricio Lumumba. Regreso ya titulada en 1972. Mis padres habían podido viajar a la Unión Soviética en julio de ese año a buscarme. Hacía cinco años que no veía a mi madre. A él sí lo había podido ver dos veces. Con los años, mirando fotografías de ese momento, pienso que nada hacía suponer que ese sería el último año que disfrutaríamos juntos. Como creo que tampoco nadie pensaba que de la alegría de sentirnos dueños de nuestro destino como pueblo, nos esperaba la peor de las tragedias. Mientras tanto, éramos felices, una sociedad distinta se estaba empezando a construir.

Alcancé a trabajar un año completo en el Departamento de Lenguas Eslavas en el Pedagógico de la Universidad de Chile enseñando el idioma ruso. También trabajé en el Instituto Chileno Soviético de Cultura. Ese año fue vertiginoso. No conocí el descanso. Era trabajo, marchas y militancia. Poco tiempo para estar en familia. La situación política comenzaba a volverse muy adversa para la Unidad Popular. Mis intentos de retomar la pintura fueron infructuosos. Todavía conservo el primer caballete que me compré recién llegada de la URSS. Algo alcancé a pintar. Además con mi trabajo me aprontaba a vivir de manera independiente, aunque a mi madre no le gustaba para nada esa idea, pero sí mi padre lo aprobaba.

Recuerdo tener conciencia de sentirme tan contenta porque no había vivido los horrores de la Primera y Segunda Guerra Mundial ni de la gran Guerra Patria en la Unión Soviética. También porque no había vivido lo que desde pequeña escuché relatar a mi padre y sus compañeros cuando refiriéndose a alguno de ellos decían: "A ese compañero lo flagelaron". Ese era el término que usaban para referirse a las torturas que habían sufrido. Pero para mí eso era algo tan lejano. Cantaba las canciones de la época de la revolución española, o las canciones rusas alusivas a la guerra, pero lo hacía con alegría, con inocencia.

Sin embargo, con el golpe militar nuestras vidas dieron un giro en 360 grados. Se perdió la inocencia. La vida se tornó dura, difícil, había que intentar sobrevivir. Sufríamos con las noticias de cuánta gente querida, compañeros de mi padre que estaban siendo asesinados. Pero había que trabajar y en lo que viniera. Antes que tomaran detenido a mi padre, trabajé de junior en una oficina, fui secretaria y también cuidadora de niños en un jardín infantil. Pero algunas tardes igualmente me las arreglé para tomar un curso de guitarra y de porcelana en frío en el DUOC. Esto lo hacía para tomar contacto aunque fuese con otra gente, pues a nuestra casa no llegaba nadie. Muy pocos se atrevían a hacerlo, era comprensible por supuesto. Por razones de seguridad, por precaución, miedo o porque la mayoría de los compañeros amigos andaban arrancando temiendo ser detenidos. Esto duró hasta 1976 cuando tomamos contacto en la Vicaría con la Agrupación. Esta organización pasaría a ser mi segunda familia.

Debido a que imperaba la censura más extrema a los medios de comunicación, la Agrupación se vio en la necesidad de salir a la calle para dar a conocer a la Opinión Pública lo que estábamos viviendo. Recuerdo que una de las primeras acciones consistió en ir a sentarnos en forma sorpresiva en las gradas que en ese entonces tenía la Plaza Bulnes, frente al Palacio de La Moneda con las fotos de nuestros familiares al pecho. La gente se acercaba tímidamente primero a mirar, luego entablaba conversación con nosotros. Más adelante, las fotos pasarían a estar en una pancarta que lleva los rostros de nuestros familiares con la pregunta "¿DÓNDE ESTÁN?".

La organización estaba compuesta en su mayoría por mujeres jóvenes, que eran dueñas de casa con hijos que alimentar y enviar a estudiar, o mujeres que estaban embarazadas y esos hijos fueron póstumos. No solo eran esposas las que buscaban, también había madres, hijas, cuñadas o hermanas de algún detenido-desaparecido. Además de las que eran dueñas de casa, otras eran muchachas profesionales muy jóvenes, ya sea agrónomas, economistas, profesoras, dibujantes, etc. También había varones en la Agrupación –en su mayoría jóvenes– que buscaban a sus esposas, muchas de ellas embarazadas o padres que buscaban a sus hijos e hijas. Pero la represión fue mayormente hacia los hombres, de ahí la inmensa cantidad de mujeres que quedaron solas.

La mujer familiar de detenido-desaparecido sufrió muchas incomprensiones también dentro del hogar. Cuando por las acciones de denuncia comenzamos a ser detenidas, fui testigo del enojo de algunos maridos que debían ir a retirar de las comisarías a altas horas de la noche a sus esposas. Ellas se vieron enfrentadas a la incomprensión a veces de toda la familia o de parte de ella. Afectó profundamente también a los hijos la ausencia forzada del padre y la ausencia de la madre por la búsqueda. Hubo mujeres que se separaron de sus maridos. Conozco un caso en que la familia completa viajó fuera del país y la madre prefirió quedarse sola buscando a su hijo. El taller de arpilleras y el conjunto folclórico servirían de gran ayuda, como terapia en un comienzo para paliar tanta angustia.

Pero la fuerza la íbamos encontrando en la lucha permanente que fuimos desarrollando, tratábamos por sobre todo que primara la unidad entre nosotras. Cuando surgían algunos roces por diferencias que habían existido entre los partidos o movimientos a los que pertenecían nuestros familiares y por alguna razón estas afloraban en nuestras relaciones interpersonales, la reflexión y la conclusión a la que llegábamos era que estábamos perdiendo tiempo precioso en esto, pues cuando mientras tanto a ellos se les estaba seguramente torturando en esas cárceles secretas, los represores no hacían ninguna diferencia. Les aplicaban los peores tormentos por igual por lo que nosotras no podíamos darnos el lujo de ahondar en esas diferencias. Estábamos unidas para salvar sus vidas.

Como los esposos estaban desaparecidos, las mujeres debieron transformarse en el sustento del hogar. Muchas de ellas se convirtieron en bordadoras de enaguas, de pañuelos, vendedoras de carteras, de cosméticos, o forraron botones como mi madre y mi hermana. Otras fueron temporeras o vendedoras de ropa en la calle. Mirando hace poco una tarjeta de saludo de fin de año de la Agrupación en esa época, aparecen muchos niños sonrientes

posando para una foto. Qué alegría es poder constatar que a la gran mayoría de ellos sus madres los sacaron adelante y hoy son profesionales, están casados, tienen sus propios hijos. Un organismo que aportó mucho también para esto fue el PIDEE (Protección para la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia). Desgraciadamente no todos pudieron sobrevivir al trauma, algunos se suicidaron.

Enfrentamos desde un comienzo los intentos recurrentes del régimen porque no se hablara más de los detenidos-desaparecidos. Quisieron borrarlos de la faz de la tierra. Contra ellos se aplicó una política de exterminio, de aniquilamiento. Se usó todo el aparato del Estado para aplicar una política de Terrorismo de Estado. Se institucionalizó la mentira. “La Operación Colombo”, “Los 119”, son una muestra del odio con que actuaron.

Recuerdo una mujer en la ventanilla de un hospital cuando nuestra madre falleció, le dijo a mi hermana que el peor error que había cometido Pinochet había sido el dejar vivos a los familiares. Uno de los primeros intentos de impunidad fue la Ley de Amnistía en abril de 1978. El régimen buscó con esto blanquear sus propios crímenes. Luego vino otro intento, la Ley de Muerte Presunta. Se pretendía que fuésemos los propios familiares quienes los declararíamos como presuntamente muertos. Así es como los medios de comunicación de la época se referían a nosotras como los presuntos familiares de los presuntos desaparecidos. El conjunto folclórico creó una cueca alusiva a esto.

Junto con la interposición de recursos de amparo que jamás fueron acogidos –salvo uno correspondiente al caso del detenido-desaparecido Carlos Contreras Maluje– y de las querellas individuales y colectivas que se iban presentando en los Tribunales de Justicia, comienzan a intensificarse las acciones de denuncia. Se suceden los ayunos, las huelgas de hambre de 10, 15, 17 días, las paralizaciones del tránsito sentándonos en el medio de las calles, las pegatinas relámpagos de afiches con los rostros de nuestros familiares, la repartición de volantes que se titulaban “Sabía usted que...” dando a conocer lo que iba ocurriendo en relación con los detenidos-desaparecidos a los transeúntes del Paseo Ahumada por ejemplo. Lanzamiento de globos con gas con los nombres de ellos. Vinieron los encadenamientos a la sede de la Cepal, luego a las rejas del ex-Congreso Nacional. Eso conllevó a la detención de los 63 familiares que participamos y por lo que se nos aplicara la Ley de Seguridad Interior del Estado siendo enviadas a la Casa Correccional de Mujeres y los tres varones participantes a la Penitenciaría de Santiago. La solidaridad entre nosotras era inmensa. Estando detenidas allí se creó la canción “El encadenamiento”.

Luego que terminaba de realizarse una acción, venían las evaluaciones. Así nos íbamos disciplinando en cuanto a la hora de llegada, de término y de nuestro comportamiento en la actividad misma. Tratábamos de no caer en ninguna provocación. Preferíamos mantenernos serenas con nuestras pancartas en alto. Esa era nuestra mejor arma. Cuando querían llevar a una compañera detenida la defendíamos o preferíamos ir todas detenidas. Cuando los carabineros preguntaban quién es la que hace de cabeza, respondíamos a coro: ¡Todas!

El tejido social lentamente comenzaba a recomponerse y la solidaridad tanto nacional como internacional con nuestra causa iba en aumento. A comienzos de 1977, por mi madre me entero que había un taller de arpilleras. Llegó una tarde pidiéndome que la ayudara a hacer unos dibujos porque quería representar algo con géneros. Eso me entusiasmó y al poco tiempo me incorporo al taller que tenía la Agrupación y que venía funcionando desde el Comité Pro-Paz. Desde ese año compartí con tantas queridas compañeras, muchas de ellas eran madres de los llamados 119 –hombres y mujeres muy jóvenes que habiendo sido detenidos en Chile, el régimen los hizo aparecer como muertos entre ellos en enfrentamientos en el extranjero. Muchas de estas madres venían confeccionando arpilleras desde 1973, en el Comité Para la Paz. Las arpilleras las entregábamos a los Talleres de la Vicaría de la Solidaridad que dirigía Winie Lira. Fuimos contando en sacos de harina –conocido como osnaburgo– y con retazos de géneros lo que íbamos viviendo y lo que les pasaba también a los otros. Irma Muller, ya fallecida –madre de Jorge Muller, cineasta detenido-desaparecido junto a su mujer Carmen Bueno en 1974–, estuvo encargada de dirigir este taller nuestro. Nos impactó por ejemplo el descubrimiento de los Hornos de Lonquén. ¡Quince campesinos fueron allí arrojados vivos! O las compañeras que sufrían el exilio de sus familiares; la salida de las cárceles de los presos políticos, los relegados. Fueron quedando registrados los encadenamientos, las huelgas de hambre. Toda nuestra lucha. No olvidaré cuando un querido compañero ya fallecido, don Sergio Bone, que buscaba a su esposa Lila Valdenegro –detenida-desaparecida desde el 2 de septiembre de 1976– llegó un día a la Agrupación con una bolsa llena de géneros, me la traía de regalo para que continuara haciendo arpilleras. Una de las primeras que confeccioné fue la salida del ayuno de las 50 horas en la iglesia San Francisco. Hice varias con “La Cueca Sola”, con nuestras marchas o con las plantaciones de árboles, los cantores de micro, cuando triunfó el Sí y el No. Hay una que me gustaría poder al menos volver a contemplar. Era una mujer mirando hacia el horizonte y varios niños apegados a ella.

Las arpilleras también sirvieron de ayuda económica. Por otra parte, jamás nos imaginamos que cobrarían tal importancia que para el régimen fueron consideradas como las arpilleras de la infamia.

Durante 15 años confeccioné arpilleras, hasta fines de 1992, año en que se cierra la Vicaría de la Solidaridad.

A comienzos de 1978 se acerca a mí Gala Torres, folclorista, ya fallecida –hermana de Ruperto Torres Aravena, detenido-desaparecido en octubre de 1973–, para invitarme a participar en un conjunto que se iba a crear en la Agrupación. Como sabía guitarra desde los quince años y me gustaba cantar, acepté inmediatamente. Ensayamos alrededor de 25 compañeras todo ese verano de 1978 y debutamos con “La Cueca Sola” de la que Gala es su autora, ante diez mil mujeres para el Día 8 de marzo Día Internacional de la Mujer, en el Teatro Caupolicán. Gala fue su Directora hasta 1991, fecha en que se retira y paso yo a asumir la dirección de este grupo. Había sido formado en primera instancia como una manera de apaciguar nuestras penas, pero nos fuimos dando cuenta que sin querer íbamos adaptando algunas canciones folclóricas a lo que estábamos viviendo. Nos convertiríamos así en representantes de la Agrupación llevando la denuncia a través del canto.

Entre ensayos semanales e incorporación y creación de nuevas canciones comenzamos a ser invitadas a bolsas de cesantes, a comunidades cristianas de base, a las universidades, al mismo tiempo que nosotras también llevábamos nuestra solidaridad a los mineros de Lota o de Rancagua. Recorrimos todo el país, de norte a Sur. Pero esto tuvo consecuencias. Un día, al salir de su casa Gala Torres, es abordada por un grupo de matones que la golpean dejándole el rostro muy hinchado. El día anterior habíamos estado denunciando en la Peña Chile Ríe y Canta. Pero ella no se amilanó como tampoco nosotras. Seguimos participando y buscando a todos los detenidos-desaparecidos. Realizamos una larga gira a Canadá, otra a Antofagasta, Arica y Calama. Allí, con las mujeres de detenidos-desaparecidos de Calama estuvimos escarbando en el desierto y encontramos pequeñísimos fragmentos óseos y manojos de pelo.

Fuimos invitadas a participar al concierto de Amnistía Internacional en Mendoza en 1988. Allí estuvimos con las Madres de la Plaza de Mayo y con el cantante Sting, que se basó en "La Cueca Sola" para componer "Ellas bailan solas". Grabamos en plena dictadura casetes con nuestros cantos y posteriormente en 1999 un compacto titulado *Canto esperanza*, del sello Alerce, y en diciembre de 2008 otro compacto titulado *De homenajes y recuerdos*. Sería largo de enumerar nuestro trabajo. En 1990, año del retorno a la democracia, el 12 de marzo representamos a la Agrupación en el Estadio Nacional con el baile "La Cueca Sola". En esta labor estuve hasta el 2009. Es decir, más de 31 años.

Al mismo tiempo que hacía arpilleras y participaba en el conjunto folclórico, la lucha en la calle continuaba y participaba en todo esto. ¡Cuántos funerales! ¡Cuántos compañeros caídos en esos años terribles yéndolos a dejar al cementerio! ¡Cuántas romerías! Quién de nosotras podría olvidar la primera romería a Lonquén o la despedida a los 18 campesinos detenidos-desaparecidos de Laja y San Rosendo. Lo sucedido en Lonquén quedó plasmado en una canción basada en la música de la Tonada de Til-Til, que escribiera Vicente Bianchi con letra de Pablo Neruda. Soy la autora de su adaptación. Se titula "Tonadas por Lonquén" y la interpretábamos cada vez que íbamos los 7 de octubre a Los Hornos de Lonquén. No olvido que el diario *La Segunda* se refirió a esta adaptación comentando que por su contenido solamente alguien de las juventudes comunistas podría haberla escrito.

Al mismo tiempo que las otras organizaciones de derechos humanos iban creando sus propios boletines, la Agrupación decidió no quedar atrás. Con Violeta Morales, hermana de Newton Morales Saavedra, detenido-desaparecido en 1974, habíamos empezado a confeccionar un diario mural. A una compañera dirigente de esos años, MaríaTeresa Barahona, ya fallecida, esposa de José Weibel Navarrete, detenido-desaparecido en 1976, se le ocurrió que pudiéramos crear un boletín. Así es como la Agrupación nos envió a un curso de tres meses de Prensa Laboral que lo dirigía Max Lolié en la Vicaría Centro. Fue de gran utilidad. Junto a un grupo de otras queridas compañeras pudimos elaborar en total seis boletines que titulamos *Dónde Están*. Desde 1983 a 1985. El primero lo armamos con Ximena Vera, que tiene a su hermana detenida-desaparecida, Ida Vera Almarza, desde 1974. Ella, como arquitecto, tenía una mesa de luz. Así es que por las tardes yo atravesaba la Plaza de Armas y llegaba hasta su casa ubicada en Domingo Santa María. Cuando se

editó el primer Boletín de la Agrupación en abril de 1983, fue todo un acontecimiento. Luego, los propios funcionarios de la Vicaría que trabajaban en diagramación comenzaron a ayudarnos en esto. Luego trabajamos en folletos acerca de las mujeres detenidas-desaparecidas como también del caso de los trece detenidos-desaparecidos de 1976. Otro con el relato del exagente de la DINA Andrés Valenzuela. Como sabía dibujo, pude aplicarlo también en ilustrar los boletines y diseñar también los primeros afiches de la Agrupación como el de las Mujeres Detenidas-desaparecidas, etc. Siempre estábamos pensando en qué más hacer. También colaboré en la edición del primer Cancionero del Conjunto folclórico de nuestra Agrupación, titulado *Canto por la Vida*, en 1983. Cuando llegaba fin de año, acostumbábamos a enviar nuestro saludo con una tarjeta. Algunas de estas tarjetas también me pertenece su diseño. De las que dibujé y más me emociona cuando la veo fue aquella en que escribí un poema para nuestros familiares. Y me emociona hasta hoy porque se hizo un concurso de poemas y la Agrupación determinó que lo que había escrito era lo que más los representaba. En la portada yo había dibujado unas montañas y encima de estas un sobre. La leyenda decía: "Donde estés... Chile te encontrará".

La Vicaría de la Solidaridad editó un Rotafolio que correspondía a un encuentro que los familiares habíamos realizado para reflexionar sobre lo que estábamos viviendo y me pidieron que yo traspasara esos dibujos que habían sido esbozados en papel kraft por los familiares a dibujos un poco más elaborados tratando de no perder esa simpleza con la que habían sido creados. Este Rotafolio se tituló *Detenidos desaparecidos... Así lo hemos vivido*. En junio de 1983.

Estuve como encargada de comunicaciones hasta 1986. Ya posterior a la dictadura empiezan a colocarse los nombres de quienes estaban a cargo de la elaboración de estos materiales de denuncia.

Todo lo que había aprendido antes de la dictadura y luego durante la misma –pues desde 1975 hasta 1979 realicé estudios vespertinos en el DUOC de Dibujo Técnico, Dibujo Publicitario y Arquitectónico– me fue posible volcarlo al servicio de mi organización.

Se fueron creando lazos importantes con otras organizaciones. Participé con Sola Sierra en el Coordinador de Agrupaciones de Familiares de Víctimas de la Represión. Ella por varios años fue Presidenta de nuestra organización y buscó a su esposo Waldo Pizarro desaparecido desde diciembre de 1976 hasta su muerte.

Nos apoyaban los Colegios Profesionales, los trabajadores, los pobladores, los estudiantes. Formábamos parte de las acciones que convocaba el Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo y adheríamos a las protestas organizadas por otras organizaciones de Mujeres como el MEMCH, la Agrupación de Mujeres Democráticas, que naciera en octubre de 1973 o Mujeres Por La Vida. Luchábamos junto al pueblo en las protestas que se intensificaron a partir de 1983.

Como decía, esta fue una labor incesante en que jamás perdí la esperanza que algún día iría a saber algo acerca de mi padre. Y ese día fatídico llegó.

Fue en enero de 2007. Todos los familiares ansiamos conocer la verdad de lo ocurrido, pero cuando me vi enfrentada a esta posibilidad cierta, pues alguien había hablado y lo había hecho –según sus propias declaraciones vertidas al ministro Jorge Montiglio– porque otros agentes lo estaban inculcando del asesinato de mi padre sentí verdadero terror, me invadió el miedo. Habían pasado 31 años de no saber nada de él, de mantener intacto su recuerdo. ¡A qué me iba a enfrentar! Ahí me di cuenta que para esta verdad no estamos preparados. Recién comprendí por qué algunos familiares no la han resistido. Su organismo no ha podido más. Han fallecido de cáncer en su mayoría. Conocer cómo asesinaron a mi padre ha sido lo más doloroso que me ha tocado enfrentar en esta vida. Si salí adelante fue porque tuve asistencia psicológica. De otra manera no hubiese sido posible querer continuar viviendo. Las declaraciones de Jorgelino Vergara, conocido como el “Mocito”, tuvieron otros que leérmelas. Las escuchaba como un cuento de terror. Y me alegraba que mi madre no estuviese viva para conocer de este horror.

Más de un año estuvimos yendo con mi hermana a los Tribunales a escuchar a los abogados tanto nuestros como de los victimarios. Era una verdadera sesión de tortura escuchar cómo la actuaria repetía la manera en que le habían arrebatado la vida. Lo habían torturado durante ocho meses en un cuartel de exterminio ubicado en la calle Simón Bolívar.

A nuestro padre le habíamos perdido la pista en Villa Grimaldi. El “mozo”, que a esa fecha tendría no más de 17 años, había contado cómo lo asesinaron: le aplicaron una bolsa plástica asfixiándolo, luego lo ensacaron, le amarraron unos rieles y lo fueron a lanzar al mar desde un helicóptero frente a las costas del mar de San Antonio junto a otros detenidos-desaparecidos. Este hombre asegura haberse encariñado con mi padre con quien una noche de Navidad le quitó las amarras y lo habría sacado del calabozo en que lo mantenían y habían compartido una cena. En ese cuartel asesinaron a muchos compañeros, entre ellos a Reinalda Pereira Plaza, joven que estaba con seis meses de embarazo. La asesinaron a golpes. Pedía que la mataran. Su compañero Max Santelices la buscó incansablemente, tanto a ella como a su hijo. Él murió poco antes que se supiera esta cruel verdad.

Hoy, que han transcurrido 11 años de conocer lo sucedido a mi padre, sigo en pie. Volví a recuperar fuerzas gracias a la solidaridad de mucha gente querida. Y desde hace algunos años he comenzado a pintar. Me he ido acercando muy lentamente no solo a lo ocurrido con mi padre. Pero para poder hacerlo he aprendido a conectarme con mis sentimientos y a valorar los pequeños detalles de la vida cotidiana. A amar las cosas simples de la vida, compartir con la familia y cultivar la amistad con tanta gente maravillosa con la que en esos años no hubo tiempo para hacerlo. Creo que el mejor homenaje que puedo rendirle a mi padre es este. Su hija sigue amando la vida tanto como él la amó. Aunque ciertamente es muy difícil cerrar el duelo, no hemos encontrado su cuerpo. La verdad completa quizá nunca la conoceremos, pues esta nos ha llegado por los mismos que formaron parte de ese cuartel de exterminio. No están nuestros familiares para decirnos lo que verdaderamente ocurrió. Hasta la fecha los victimarios no reciben condenas. El caso lo lleva actualmente el ministro Jorge Vázquez. Él aduce que cuenta con un solo actuario y que está recargado con otras causas que

le han adjudicado y que es muy difícil que “esta gente diga toda la verdad y que entran en contradicciones”. Por lo tanto el caso todavía se encuentra en la Corte de Apelaciones. Ha habido una verdad parcial y la justicia todavía no llega. No se ha dictado ninguna condena. Lo que en realidad falta es VOLUNTAD POLÍTICA.

Hoy impera la indiferencia. Pareciera ser que ya no se quiere hablar más del tema. Es decir, que estos crímenes –calificados internacionalmente como crímenes de lesa humanidad– se intenta que queden definitivamente en la impunidad. Pasaron a formar parte de una normalidad. Como si pertenecieran al pasado y hoy fuesen otras las luchas que debe enfrentar la sociedad. Frente a esto digo que los detenidos-desaparecidos, así como los ejecutados políticos, formaron y forman parte de esta sociedad, no pertenecen solo a sus familiares. No es posible que queden relegados y olvidados. Atribuyo esta indiferencia a la verdadera desidia que ha existido. A la falta absoluta de voluntad política, hasta de los propios partidos a los que pertenecieron nuestros familiares. No basta con recordarlos cada cierto tiempo rindiéndoles homenaje, se necesitan exigencias a los poderes del Estado. Hoy, por el contrario, se quiere indultar a los victimarios y nadie habla de la necesidad de verdad y de justicia. Sin justicia en más de 1.000 casos de detenidos-desaparecidos. ¡Cómo va a ser posible la reconciliación!

Debe existir una política de enseñanza de los Derechos Humanos en las escuelas y en las universidades para que los niños y jóvenes de este país tomen conciencia que lo ocurrido con estos seres humanos no puede volver a repetirse. Debe enseñarse en las escuelas y en las universidades el valor que tiene cada persona, independiente de su raza, de su credo, de su religión y de su pensamiento político. En definitiva, que aprendamos a respetar la dignidad que tiene todo ser humano.

Agradezco por siempre a la Vicaría de la Solidaridad, a FASIC (Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas), al CODEPU (Comité de los Derechos del Pueblo), a ILAS (Instituto Latinoamericano de Salud Mental), por todo lo que nos apoyaron. Y a ustedes por haberme dado la posibilidad de poder contar mi experiencia, que es la de tantos y tantas que ojalá puedan también ser conocidas.

Por el presente y por las futuras generaciones que todo Chile haga suyo el NUNCA MÁS.

Santiago, 11 de julio de 2018